

CAPITULO CLXXVII.

Nueva traslacion de la corte á Madrid.—Estado de la guerra en los Países Bajos.—El almirante de Aragon.—Excesos de sus tropas.
Liga contra el general español.—Mauricio de Nassau.

Como si no hubiera nada á que atender, como si las complicaciones del exterior y la penuria del reino fuesen objetos de poca monta, pensóse de nuevo en trasladar la corte á Madrid, cediendo tal vez á las ofertas hechas por esta villa de servir al Rey con doscientos cincuenta mil ducados, pagaderos en diez años, ademas de otra porcion de dádivas al de Lerma, á sus hijos los duques de Cea, y hasta al secretario D. Pedro Franqueza, á quien vemos recibiendo dinero á cada paso en pago de los servicios que prestaba á los intereses particulares, lo cual demuestra la descarada venalidad de aquellos tan altos funcionarios.

Madrid, que con el traslado de la corte á Valladolid había experimentado pérdidas de gran consideracion, no cesó de trabajar constantemente para conseguir recobrar el bien perdido, hasta que comprendiendo que únicamente el dinero podría alcanzar lo que las consideraciones y la sana razon debían haber evitado, el corregidor y cuatro regidores fueron á buscar al Monarca, que, como de costumbre, estaba divirtiéndose en Ampudia, que era una de las villas del duque de Lerma, para hacerle la proposicion de que dejámos hecho mérito.

El resultado fué que se decretó el traslado á Madrid para despues de la Pascua de 1606, y ni las reclamaciones de Valladolid, que tantos gastos había hecho, ni las de los comerciantes é industriales que se habían trasladado á aquel punto, toda vez que la existencia de la corte en él les representaba, á pesar de los cuantiosos dispendios que tuvieron que hacer para el traslado, medio de resarcirse; ni los desembolsos que significaban el cambio de oficinas y consejos fueron bastantes á hacer desistir de aquel nuevo propósito, así como tampoco lo fueron ántes las quejas de Madrid para llevarla á la capital de Castilla la Vieja.

En febrero de 1606 marcharon los Reyes á Madrid, quedando instaladas todas las oficinas en el mismo sér y estado que seis años ántes, pocos menos despues, no sin haberse irrogado perjuicios de gran consideracion, tanto á las poblaciones, como al comercio y á los particulares, perjuicios que fácilmente pueden comprenderse sin necesidad de detallarlos.

Entre tanto, y mientras en la corte todo eran placeres y diversiones, mientras el país estaba empobrecido, y con medidas tan improcedentes se malversaban cuantiosas sumas y se perjudicaban tantos intereses, la guerra continuaba en los Países Bajos, sin que fuera suficiente á atenuarla la disposicion de Felipe II de ceder aquella soberanía á su hija Isabel y al archiduque Alberto, segun en lugar oportuno dijimos.

Disposicion tan tardía, como por desgracia lo fueron la mayor parte de las de aquel Monarca, no consiguió evitar nuevos sacrificios sobre los cuantiosos que ya se habían hecho para aquella desastrosa guerra que duraba más de treinta años, y que amenazaba prolongarse todavía de una manera indefinida, porque ni Felipe III era el monarca que dignamente podía suceder á Felipe II, ni tenía los generales que aquel había tenido, ni un ministro capaz de suplir con su energia y su inteligencia la carencia que él tenía de estas cualidades.

El archiduque Alberto había dejado encargado del gobierno de aquellas provincias, cuando vino á España para celebrar su matrimonio, á su primo el cardenal Andres, obispo de Constanza, y el mando del ejército á D. Juan de Mendoza, marques de Guadalete y almirante de Aragon.

Orden había recibido éste para que viesse de asegurar algun paso sobre el Rhin, que le permitiera penetrar en las provincias del Norte, y, no sólo ocupó toda la comarca de Ossoy, sobre el Rhin, sino que se apoderó de Whinberg en 15 de octubre de 1598, rindiéndosele todas las poblaciones inmediatas, en términos que el Almirante quedó dominando en los países neutrales de Westfalia y Cleves, en los cuales, en completa violacion de los tratados, alojó sus tropas.

Alarmados con esto el duque de Cleves, el elector Palatino, el landgrave de Hesse y todos los demas príncipes y señores que componían el círculo de Westfalia, protestaron contra aquella violacion, y quejáronse enérgicamente por la conducta seguida por las tropas españolas.

Estas, compuestas de walones, italianos y españoles, cometían toda clase de excesos por donde quiera que pasaban, considerando el país como enemigo, siendo tales los robos, las violencias y los asesinatos que cometían, que el terror había llegado á su colmo, y la indignacion llegó á superar al terror.

A la protesta y subsiguiente intimacion hecha por el mismo emperador de Alemania, á quien los príncipes consiguieron interesar, contestó el Almirante prosiguiendo de igual modo que hasta entónces, y en consecuencia resolvióse por los agraviados recurrir á las armas para hacerse respetar.

Mas como quiera que difícilmente en una confederacion puede obrarse con la prontitud que el caso requiere, ni reunir todos los elementos necesarios para empresas semejantes, pasóse todo el invierno sin que el Almirante fuese atacado por sus contrarios, y en la primavera del siguiente año de 1599 pudo emprender las operaciones contra la isla y plaza de Bommel.

Mauricio de Nassau, que ya era un excelente general, acudió

inmediatamente en defensa de aquellos lugares, y, áun cuando su ejército era inferior en número al del Almirante, sostuvo perfectamente la campaña sin moverse de aquellos lugares durante la primavera y el estío de aquel año, levantándose fuertes por una y otra parte en las orillas del Mosa y del Waal.

Reforzado el ejército de Mauricio con un lucido cuerpo de hugonotes que había llevado de Francia el intrépido La Noüe, no era, sin embargo, suficiente para tomar resueltamente la ofensiva contra los españoles; y los alemanes, por su parte, procedieron con tanta lentitud, y lo hicieron tan mal, que ya había pasado el estío cuando enviaron el ejército numerosísimo, es verdad, pero toda gente bisonia y allegadiza, mandada por un general inexperto, como era el conde de Lippe, quien solamente alcanzó reveses en su primera campaña.

De aquí se originaron recriminaciones y discordias entre los jefes que, trascendiendo á los soldados, llegaron á culpar de inepto á su general, siendo la consecuencia de esto los desórdenes, la indisciplina, y, finalmente, la disolucion de aquellos soldados que en noviembre de 1599 marcháronse atropelladamente á sus respectivos acantonamientos.

Celebradas las bodas del archiduque Alberto, embarcóse en Barcelona, segun en otro lugar dijimos, acompañado de su esposa la infanta D. Isabel, llegando á Bruselas en setiembre de aquel año, y, tomando inmediatamente posesion del gobierno, recorrieron varias ciudades del Brabante, siendo jurados y aclamados como príncipes soberanos.

No agradó mucho á sus súbditos ver que los Archiduces montaban su corte bajo el mismo pié que la de Madrid, pero Alberto lo hacia así para halagar al Monarca español, á quien necesitaba para sostenerse, y las provincias no tuvieron otro remedio que ahogar su disgusto.

No fué muy dichoso el Archiduque en las campañas realizadas al poco tiempo de haber llegado. La falta de pagas produjo motines entre sus tropas, de los cuales supo aprovecharse diestramente Mauricio, apoderándose de varias poblaciones de la provincia de Gueldres, hasta que, finalmente, comprando á la guarnicion del fuerte de San Andres, compuesta de alemanes y walones, se apoderó de aquel punto, levantado por el almirante de Aragon á fuerza de trabajos.

La necesidad de arbitrase socorros hizo que el Archiduque reuniera los Estados, pidiéndoles un servicio extraordinario; mas éstos le hicieron presente el estado aflitivo de los pueblos, que se hallaban completamente aminados y la conveniencia de que viesse de entrar en un acomodamiento con los confederados, lo cual se puso por obra por mediacion de los embajadores del Emperador, que á la sazón estaban en Bruselas.

Nada se consiguió con esto; los rebeldes no quisieron ceder un ápice en sus pretensiones, y, apénas entabladas las negociaciones, rompíéronse violentamente, separándose unos y otros poco satisfechos.

De igual manera concluyeron otras negociaciones abiertas en Boulogne para ver de llegar á un arreglo entre los Archiduces y el rey de España con la reina de Inglaterra, arreglo que cada día y cada momento estaba haciéndose más necesario, pero cuestiones de etiqueta dieron al traste con todos los propósitos, y el congreso quedó, por consecuencia de ellas, disuelto.

El conde Mauricio, viendo que las negociaciones no habían dado resultado alguno, de lo cual necesario es convenir que no se mostraba pesaroso, pónese nuevamente en campaña, y despues de apoderarse de algunos fuertes, que estaban mal guardados, va á poner sitio, en junio de 1600, al de Nieupoort.

Ante el peligro de aquella importante plaza, reúne el Archiduque su ejército; la Archiduquesa, llena de ánimo varonil, á semejanza de la reina Isabel de Castilla, cuyo nombre llevaba, monta á caballo, recorre las filas de los soldados, les arenga, les exhorta, les anima, ofreciéndoles darles sus pagas, áun cuando tuviera que empeñar sus propias joyas, y todos se lanzan llenos de ardor á la pelea.

Varios fuertes son arrebatados al enemigo, un cuerpo de escoceses, mandado por Ernesto de Nassau, es derrotado, y todo hace presagiar un éxito feliz de semejante campaña, pero el fatal empeño del Archiduque en dar la batalla general contra el dictámen del veterano maestre de campo Gaspar Zapena y de algunos otros experimentados oficiales, produjo el mayor desastre que en mucho tiempo habían sufrido las armas españolas.

El conde Mauricio habíase preparado convenientemente, sus fuerzas eran superiores, los soldados españoles llegaban cansados, las arenas de las Dunas, dándoles de frente, les cegaban, y con todas estas desventajas no le fué muy difícil á Mauricio derrotar á su contrario.

Alberto peleó en los sitios de más peligro hasta que cayó herido, habiendo sido hecho prisionero el almirante de Aragon, muertos gran número de valientes capitanes y maestres de campo, entre los cuales estaba el mismo Zapena, que aconsejó al Archiduque que no diera la batalla, perdiéndose ademas cien banderas, la artillería y municiones.



J. SERRA, lit.

Lit. VIDAL, Ojmo, 27.

BATALLA DE NIEUPOORT.

CAPITULO CLXXVIII.

Resultado de la Batalla de Nieuport ó de las Dunas.—Pérdida de Rhimberg.—Guerra con Inglaterra.—Desgraciada expedición á Irlanda.—Paz con Inglaterra.

DERROTADO el ejército, el Archiduque se dirigió á Bruselas, siendo recibido con extraordinario júbilo por su esposa, que ya creía contarle entre los muertos, dedicándose á reunir los restos dispersos de su destrozada hueste, necesitando todo aquel año para reponeerse del desastre sufrido, desastre importantísimo por muchos conceptos dadas las circunstancias en que tuvo lugar.

Alentado Mauricio de Nassau con el triunfo que acababa de alcanzar, trata de volver sobre Nieuport, mas como oportunamente había conseguido penetrar en la plaza el general de artillería española D. Luis de Velasco, á pesar del empeño que había para evitarlo, merced á su oportuno auxilio, alienta á los sitiados cuando precisamente comenzaban á decaer y obliga á Mauricio á desistir de aquella empresa, retirándose á Holanda.

Los tercios españoles que estaban en Italia recibieron orden de pasar á España, mas á pesar de esto, Mauricio de Nassau pudo ponerse en campaña con más prontitud que Alberto, y cayendo sobre Rhimberg, tomado dos años antes, como hemos dicho en el capítulo anterior, por el almirante de Aragon, púsole tan apretado cerco que, á pesar de la defensa del español Luis Dávila, se posesionó de aquel punto.

Para vengar, tanto esta pérdida cuanto el desastre de Nieuport, tan luego como hubieron llegado los tercios de Italia mandados por Juan de Bracamonte, el conde Trivulcio, el marques de la Bella y Juan Tomas Spina, determinó el Archiduque emprender el sitio de Ostende, sitio que constituye uno de los más grandes acontecimientos de aquella tan dilatada guerra, guerra, según hemos tenido ocasion de ver, de grandes é importantes acontecimientos.

No eran sólo los sucesos de Flandes los que distraían la atención de España. Otro legado dejó Felipe II á su hijo no ménos funesto que el de los Países Bajos, con la guerra de Inglaterra, guerra dedicada, más que á otra cosa, á apoderarse de los galeones que venían de América cargados de dinero, ó bien de los buques que salían de nuestros puertos conduciendo mercaderías para aquellos remotos países, pues este era el medio más seguro y eficaz para causar perjuicios de consideración á España.

Las islas Azores, las Canarias, las posesiones españolas ó portuguesas de la India, veíanse amenazadas constantemente por las naves inglesas ó holandesas, teniendo necesidad también nuestros puertos de la península de estar alerta siempre, dispuestos á rechazar cualquiera acometida de aquéllos que estaban constantemente en acecho para aprovecharse de cualquier descuido.

Nuestras escuadras veíanse obligadas á pelear incesantemente con los corsarios de aquellos países, ó con las armadas que á veces llegaban á formar, teniendo que venir escoltando á nuestras flotas de América, á fin de rechazar á aquellos rapaces adversarios que eran tan audaces como valerosos.

El duque de Lerma trató de señalar su estancia en el gobierno con una de aquellas expediciones navales semejantes á las organizadas por Felipe II, armando, haciéndose para ello un verdadero sacrificio, una escuadra de cincuenta navíos, cuyo mando encomendó á D. Martín de Padilla, la cual se hizo á la vela con rumbo hacia las costas de Inglaterra en el año 1601.

Pero parece que la suerte habíase empeñado en sernos contraria en nuestras empresas marítimas contra Inglaterra, y la escuadra del duque de Lerma, lo mismo que la de Felipe II, fué dispersada por las tempestades, viéndose obligada á regresar á los puertos españoles antes de haber tenido ocasion de medir sus fuerzas con las del enemigo.

Mas no por esto se desanimaron Felipe III y su ministro. La sublevación de los católicos irlandeses contra la reina de Inglaterra, excomulgada ya tres veces por el Pontífice, parecióles ocasion oportuna para conquistar aquel país, ó por lo ménos separarle del dominio de Isabel.

En consecuencia de este propósito, equipóse una armada en la cual iban seis mil hombres de desembarco, bajo el mando de don Juan de Aguilar, y á tal punto llegaba la ceguera del de Lerma, y por tan seguro contaba el éxito de aquella expedición, que dejó embarcar á una porción de familias con ánimo de colonizar las tierras que fueran conquistándose.

A fin de agosto de 1602, hizose á la vela la escuadra, desembarcando el 8 de octubre cuatro mil hombres en Kinsale, y el resto en Baltimore, para comenzar las operaciones, volviéndose á Lisboa los buques que les condujeron.

Inmediatamente dió Aguilar un manifiesto á los católicos irlandeses haciéndoles grandes promesas, excitándoles á que se le unieran para sacudir el yugo de la reina de Inglaterra; pero cuando esto sucedía los católicos habían sido derrotados por el virey de Irlanda, y escasamente pudo reunir el conde de Tyron cuatro mil hombres para ayudar á los españoles.

Con tan escasas fuerzas dió Aguilar comienzo á la campaña, pero en la primera accion, dada en condiciones poco ventajosas para los católicos, quedaron éstos derrotados, viéndose obligado Aguilar á refugiarse con los restos de su hueste en los dos puertos de Kinsale y Baltimore, donde se vió sumamente apurado, pues sus adversarios habían acrecido en bríos con su derrota.

Desde allí entró en negociaciones con el virey, en virtud de las cuales capituló la guarnición española con todos los honores de guerra, pudiendo ser trasladada á España en buques ingleses, otorgándose un indulto general á los habitantes de aquellas dos poblaciones.

Como se ve, ninguna de las dos empresas llevadas á cabo por Felipe III contra Inglaterra tuvo mejor éxito que las emprendidas en el anterior reinado, y quién sabe hasta qué extremo hubiera llegado la guerra sostenida entre ambos países, y que tan desastrosa había sido hasta entónces para España, á no ocurrir la muerte de la reina Isabel, que tuvo lugar el 24 de marzo de 1603, despues de un reinado de cerca de medio siglo, reinado que tan fatal había sido para España.

Jacobo IV de Escocia, hijo de la desgraciada María Estuardo, mostróse favorable desde los primeros momentos al Monarca español, y así se lo manifestó al embajador enviado por Felipe á felicitarle por su elevación al trono, que lo fué el conde de Villamediana D. Juan de Tassis, indicándole que desearía renovar la antigua paz y amistad entre ambos Estados, poniendo término á las diferencias que por tan dilatado espacio dividieron á los dos pueblos.

No desaprovechó esta coyuntura el Gobierno español, y don Juan Fernandez de Velasco fué investido con el carácter solemne de embajador, acompañado de gran número de caballeros, para tratar con Jacobo de la paz.

Unido en Bruselas con los comisionados de los archiduques, llegó Velasco á Lóndres y dieron comienzo las negociaciones, que presto quedaron terminadas, ajustándose la paz bajo las bases siguientes:

Perpetua paz y confederacion entre los dos monarcas y los archiduques, sus herederos y sucesores; olvido de todas las pasadas ofensas y suspension completa de las hostilidades que hasta entónces les dividieran; no prestar ayuda directa ni indirectamente el uno contra el otro; poner coto á las piraterías, retirando todas las concesiones en virtud de las cuales se les había estado consintiendo y autorizando; todas las plazas tomadas por el rey de Inglaterra á los rebeldes de las islas quedarían en poder de aquél, no prestándosele auxilio alguno por el Monarca español, excitándole á que se le sometiesen; libre comercio entre los súbditos de los respectivos soberanos, y libre entrada y salida de los buques en los puertos de los tres Estados; que no traerían los ingleses á España mercaderías de las Indias, ni tampoco las sacarían de España para llevarlas á aquel punto; los súbditos ingleses no serían molestados en España por cuestion de religion mientras no diesen escándalo alguno, siendo puestos en libertad los prisioneros que en gran número existían de una y otra parte.

En 1604, se firmó en Lóndres esta paz, que todos los pueblos interesados en ella celebraron con extraordinario júbilo, especialmente los españoles, que con ella se veían un tanto aliviados de la carga que les estaban imponiendo las desastrosas guerras legadas ya por Felipe II y seguidas con tanta desgracia, como hemos señalado, por su sucesor.

Cuando al año siguiente vino á Valladolid, donde á la sazón se hallaba la corte, el almirante de Inglaterra para la ratificación del tratado, agasajósele á porfía, celebrándose grandes fiestas á consecuencia de un acontecimiento semejante, quedando sumamente complacido de la cordial acogida que se le hiciera.

Únicamente el arzobispo de Valencia D. Juan de Rivera, en una extensa carta que dirigió al Monarca, declamaba furiosamente contra la paz que se había hecho con los que calificaba de herejes, anunciando toda suerte de calamidades por haber entrado en tratos con los enemigos de la Iglesia.

Sin embargo, la nacion en general no opinaba como el ilustre Prelado, y no se ocupó en pensar si eran herejes aquellos con quienes había hecho la paz; no pensó ni vió otra cosa sino que se había evitado un gasto considerable, que las depredaciones que los piratas habían llevado á cabo tocaban á su término, que la alarma constante de las poblaciones de la costa iba á cesar, que las flotas de las Indias tendrían un enemigo ménos á quien combatir, y finalmente, que iban á economizarse vidas y caudales que hasta entónces habían estado sacrificándose en aquella tan porfiada como prolongada contienda, vidas y caudales que creía de buena fe que en lo sucesivo habían de tener una aplicacion más provechosa.

De igual modo Inglaterra consideró beneficiosa también la paz, pues aun cuando había conseguido en distintas ocasiones apresar varios de los galeones que venían de América cargados de dinero, aun cuando sus saqueos en nuestras posesiones habíanle producido botín de consideracion, había tenido también pérdidas notables, había tenido buques echados á pique y vidas sacrificadas en aquella contienda, y necesitaba la paz para reponerse de los perjuicios que tenía, pues los españoles, aun cuando luchando con desgracia, habíanse defendido siempre con una obstinacion que les hacía comprar caras sus victorias.

La situacion de los Países Bajos iba á sentir también la influencia de la paz, puesto que los rebeldes se veían privados de un auxiliar muy poderoso, y el Archiduque en cambio podía contar con mayores auxilios.



J. SERRA, LP.

LP. VIDAL, Dima 27

AMBROSIO ESPINOLA.